

—¡Oh! no señor, es un simple rasguño que nada vale.

—Don Santos, Don Santos, volvió á llamar al anciano.

Un hombre ya de edad, tipo medio entre el criado de confianza y el amigo agradecido, se presentó.

—Hágame Ud. favor de traerme un poco de agua.

El criado se apresuró á ejecutar lo que se le mandaba.

El anciano extrajo de su bolsillo un pañuelo blanco de fina batista, le desgarró en tres ó cuatro girones, empapando uno de ellos en el agua que el criado presentaba en una bandeja.

—¿Qué hace Ud., señor? preguntó Gil Gómez, todo cortado al verse atendido de aquella manera tan benévola.

—Ya Ud. lo ve, joven, curar su herida, dijo el anciano enjugando con delicadeza la sangre que brotaba á pequeñas gotas de su puño, escurriendo por sus dedos.

—¡Oh! señor, cuánta molestia he venido á causar en esta casa.

—Nada de molestias, joven, por el contrario, yo tengo mucho gusto en aliviar sus padecimientos, dijo el anciano envolviendo cuidadosamente con su desgarrado pañuelo el puño de Gil Gómez.

—Mil gracias, señor, mil gracias, dijo éste.

—Ahora, joven, buen apetito y buen

sueño; aunque á su edad de Ud. nunca faltá ninguna de las dos cosas, dijo el anciano indicando á Gil Gómez que siguiese al criado.

—Buenas noches, padre mío,—dijo el joven besando respetuosamente la mano del anciano; pero no con aquel beso burlesco que le hemos visto dar en la venta al gastrónomo franciscano, sino con el que marca el sello de un respeto y de un agradecimiento profundo.—Buenas noches, señor Capitán, y siento sobremedida haberme atravesado á mi pesar en su camino y haberle hecho perder un tiempo precioso, según Ud. dice.

—Adiós, bravo joven, respondió éste con tono afectuoso.

Gil Gómez siguió al criado, volviendo á lanzar una última mirada á aquel anciano religioso de fisonomía tan noble, que una vez contemplada, no se podía borrar de la imaginación y preguntando á su conductor:

—¿Cómo se llama este buen sacerdote?

—Se llama Don Miguel Hidalgo y Costilla, le respondió.

—No sé qué tiene esa fisonomía que cautiva tanto y causa tan profunda impresión. Sería yo capaz, aunque apenas le acabo de conocer, de dejarme morir por él, pensó Gil Gómez.

Hidalgo y el Capitán Aldama penetraron en un aposento que servía de sala al

curato colocó el primero el farolillo sobre una mesa y cerró cuidadosamente la puerta que daba á las habitaciones interiores.

Ahora que ya la doble luz de la linterna y de una lámpara colocada al pie de una imagen de la Virgen de Guadalupe ilumina bastante bien á ambos, examinémoslos más detenidamente.

Con razón había causado tan profunda impresión en el ánimo de Gil Gómez la fisonomía noble del sacerdote.

Era Hidalgo un anciano que representaba tener más de sesenta años, su frente y la parte anterior de su cabeza, desprovistas enteramente de pelo, estaban surcadas por esas huellas que dejan sobre algunos hombres extraordinarios, más que el tiempo, el estudio y la meditación; su tez era morena, pero extremadamente pálida, con esa palidez casi enfermiza que causan las viglias y las amarguras de la vida: sus ojos lanzaban miradas ardientes y profundas, que algo amenguaban, sin embargo, la melancolía y la benevolencia, su nariz recta, su boca pequeña con ese recogimiento particular hacia las comisuras que imprime la fruición interior del alma: y aquel rostro todo tan severo, tan noble, tan profundamente pensador, por decirlo así, estaba inclinado sobre el pecho, como si el peso de la reflexión ó del martirio

de la existencia lo hubiese doblegado. Su estatura era mediana, delicada, pero vigorosa, como si el espíritu le comunicase una parte de su energía y de su vida. Vestía modestamente una chupa de paño negro sencillo; un chaleco del mismo color se abotonaba gravemente sobre su pecho, unos calzones del mismo paño se continuaban con unas medias de lana negras, siguiendo severamente en el traje, la costumbre adoptada por todos los religiosos que pertenecían al clero pobre, que era la que el Arzobispado había establecido.

El Capitán Don Juan Aldama era joven todavía, de fisonomía franca y expresiva, en la cual se leían á primera vista el valor, la firmeza, la resolución, la franqueza y algo del orgullo del militar honrado. Su estatura era fuerte y vigorosa.

Vestía el uniforme de su grado en el regimiento de los Dragones de la Reina: pendía á su costado un sable algo pesado como entonces se usaba en el ejército de la Nueva España, y un par de pistolas grandes, llamadas entonces de "chispa," de cañón amarillo, pedernal y llave, se ceñían á su cintura.

Luego que Hidalgo hubo cerrado la puerta, se acercó al Capitán, que se había dejado caer abatido sobre un sillón, preguntándole con interés:

—Ahora que estamos solos, diga Ud., por Dios, ¿qué ha sucedido nuevamente?

—¿Me esperaba Ud. acaso, Don Miguel?—interrogó éste,—puesto que aún está en vela á estas horas tan avanzadas.

—Escribía precisamente una carta á la Corregidora Doña Josefa Ortiz, acerca de nuestro asunto; el Capitán Don Ignacio Allende, que como Ud. sabe, ha llegado anoche, y ahora reposa en esa pieza inmediata, me ha informado de lo que ha pasado; pero diga Ud., ¿qué es lo que ha sucedido nuevamente, Capitán?

—Que estamos perdidos, completamente perdidos, respondió éste con desconsuelo.

—¿Pues qué es lo que ha sucedido? interrogó Hidalgo con interés.

—La conspiración de Querétaro ha sido descubierta.

—Ya lo sabía por el Capitán Allende.

—Los hermanos González y la Corregidora han sido reducidos á prisión.

—¿Cuándo?

—Esta última, ayer en la tarde.

—¿Y se ha descubierto algo más?

—La casa de Don Epigmenio González ha sido saqueada y se han encontrado en ella armas y unos papeles que ya sabe Ud. lo que contienen.

—Todo nuestro plan, murmuró Hidalgo.

—Por consiguiente, estamos perdidos completamente; el intendente Riaño ha

dado una orden de prisión para Ud., y dentro de pocas horas deben llegar á este pueblo los soldados que vienen á ejecutarla.

—Pero Ud., Don Juan, ¿cómo ha sabido todo esto?

—En su misma prisión la Corregidora ha ganado al acaide Ignacio Pérez, que ha corrido á avisarme lo que pasaba; me he puesto en camino inmediatamente, para venir á comunicar á Ud. todo, y al anochecer he dejado atrás á los soldados del Intendente, que no deben tardar mucho en llegar; habiendo sufrido un retardo de un cuarto de hora en combatir con ese joven, que estaba parado frente al curato y á quien he tomado antes de verle, por un espía.

—¡Oh! no, es demasiado joven para eso, murmuró Hidalgo.

—Conque no hay ya tiempo que perder, Don Miguel, debe Ud. huir precipitadamente antes que esos soldados lleguen, porque le espera indudablemente la muerte en Guanajuato. Allende y yo nos salvaremos como podamos.

Hidalgo se dejó caer abatido en un sillón, apoyando sobre la mesa sus codos, que sostenían su cabeza: permaneció largo tiempo silencioso y preocupado; por su noble frente y sus ojos cruzó un velo de amargura; gruesas gotas de sudor inundaban sus sienes, como si la

lucha que se efectuaba en su corazón. trabajase dolorosamente su organización.

—Derrepente se puso de pie como impulsado por un resorte, irguió su abatida cabeza, su frente iluminada por la luz de una idea gigantesca se volvió al cielo, sus ojos se humedecieron por el entusiasmo, sus labios se abrieron por una sonrisa de superioridad y volviéndose á Aldama, que de pie en medio de la estancia había observado con silencioso respeto aquella lucha terrible de su corazón retratada en su rostro, le dijo á media voz con un acento trémulo y conmovido:

—¡Oh! no se ha perdido todo completamente; por el contrario, esta noche se va á poner la primera piedra de un edificio gigantesco.

—¿Qué dice Ud., Don Miguel?

—Digo que cuando los soldados del Intendente lleguen, ya será tarde, porque el pueblo de Dolores habrá alzado un grito de libertad é independencia que les hará huir como medrosas aves.

—¿Pero con qué elementos, con qué fuerzas cuenta Ud. para eso?

—¿Con qué elementos? con la idea que es el elemento; ¿con qué fuerzas? con nosotros dos y el Capitán Allende, con Don Santos y ese joven que ha venido á hospedarse aquí esta noche.

Aldama no pudo menos de sonreirse

con disimulo, creyendo que la funesta noticia y la proximidad del peligro que le había anunciado, habían trastornado la razón del noble anciano.

Hidalgo comprendió lo que significaba el silencio de Aldama, porque le preguntó con una triste conformidad:

—Capitán, ¿me ama Ud. tanto como yo le he amado?

—Desde el día que hablamos por la vez primera, he jurdo serle á Ud. un fiel amigo, y servirle leal hasta la muerte, respondió Aldama con entusiasta exaltación.

—¿Desea Ud. la felicidad de nuestra patria?

—Desde el momento que me he comprometido en esta conjuración, he comprendido que debía morir muy pronto; pero he hecho gustoso el sacrificio de mi vida en las aras de la patria.

—¿Hará Ud. lo que yo le diga esta noche?

—Lo haré, Don Miguel, aunque sepa que me precipito en un abismo espantoso.

—Bien, muy bien, mi leal amigo; acaso sea esta noche la última de nuestra vida, porque vamos á dar un paso que puede precipitarnos en ese abismo, aunque puede acaso conducirnos al templo de la libertad que hemos soñado.

Y los dos amigos se abrazaron en silencio conteniendo sus sollozos.

Era un espectáculo tierno y sublime á la vez, ver estrecharse con los dulces lazos de la amistad á aquellos dos hombres que caracterizaban, uno la idea que piensa, otro la mano que ejecuta; uno la energía, otro el valor; uno la benevolencia del apóstol, otro la honradez del soldado.

Al cabo de un momento, Aldama interrumpió tan expresivo silencio, diciendo:

—Está bien, ¿qué es lo que debo hacer yo? porque estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Primero, ir á despertar á ese joven y hacerle venir á mi presencia para interrogarle y darle mis órdenes.

—¿Pero qué puede hacer ese joven?

—Mucho, tal vez tanto como nosotros, porque parece muy activo, muy emprendedor y muy valiente.

—Está bien, ¿y después?

—Después, nosotros reuniremos primero un número considerable de gente capaz de resistir á las fuerzas del Intendente y obligarlas á seguir nuestra bandera; al amanecer á todos los indios de la población que se unirán á mí, y harán lo que les diga, estoy seguro, porque me aman y al amanecer nos dirigiremos á Celaya y de allí á Guanajuato.

—Pero, D. Miguel, ahora que sabe Ud. que no lo he de abandonar jamás, me atre-

vo á preguntarle, ¿está Ud. acaso loco? ¿quiere Ud. marchar sobre Guanajuato, cuando no contamos ni con un cañón, ni con un arcabuz, ni con una espada siquiera?

—Dios armará nuestro brazo para defender la causa de la justicia, dijo el anciano alzando sus ojos al cielo con expresión de confianza y enternecimiento.

—Está bien, ¿debo despertar á Allende?

—Sí, en esa pieza reposa; adviértale Ud., Capitán, lo que pasó y lo que hemos pensado últimamente. Él me ha hecho hace un momento un juramento igual al que Ud., mi leal amigo, acaba de hacer.

Aldama salió á ejecutar lo que se le mandaba.

—¡Oh! Madre y Señora mía, dijo Hidalgo dejándose caer de rodillas al pie de la imagen de Guadalupe, que condecoraba y amparaba aquella pobre estancia, ¿quién sabe lo que va á pasar dentro de poco tiempo? tal vez á realizarse ese pensamiento que hace tanto tiempo dormita en mi mente. Yo me amparo, ¡Madre mía!, con vuestra protección, y os juro no apartarme jamás de los santos preceptos de la justicia y la religión: comprendo que debo morir antes de ver felices á mis hermanos; pero entonces, aunque la calumnia ultraje mi memoria, vos, ¡Madre mía!, que habéis visto mis dudas,

mis temores y mis esperanzas, sabréis que mi intención ha sido pura y me ampararéis á la hora de la muerte. Yo os nombro Patrona de la santa causa que proclamo.

Y el Cura besó humildemente las plantas de la Virgen de Guadalupe.



## CAPITULO X

DE CÓMO FUÉ INTERRUPTO GIL GÓMEZ EN MEDIO DE SU SUEÑO, PARA CONTRIBUIR SIN SABERLO, A LA INDEPENDENCIA DE LA NUEVA ESPAÑA.

Hacia solamente un cuarto de hora que Gil Gómez dormía, aunque ya profundamente, comenzando á soñar que ya distinguía en el camino á Fernando, acompañado por el venerable sacerdote que con tanto cariño le había curado y dado hospitalidad, y el bravo y franco Capitán, que estuvo á pique de impedirle correr más, cuando fué interrumpido en medio de su sueño por éste, que le sacudía rudamente, diciéndole en alta voz:

—Ea, joven; fuerza es levantarse.